

algar 

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# El país de los dragones

Jordi  
Sierra i  
Fabra

Dibujos de  
Javi García





1

Hace muchos muchos años  
(más de los que alguien normal  
puede recordar)

Hace muchos muchos años, no sé cuántos porque yo no estaba allí, existía en las tierras de poniente, más allá de los grandes lagos y la cordillera de las cumbres nevadas, en la apartada península de Shaykay, un pequeño reino poblado por apacibles dragones.

5

Llevaban habitando allí desde el comienzo de los tiempos y vivían no solo en paz, sino también felices, dueños de su destino, con todo lo que necesitaban para ser uno de los pueblos más tranquilos del mundo. Las leyendas hablaban de un primer dragón que había llegado a Shaykay a través de los lagos y la cordillera, solo, desafiando los peligros de tan larga travesía. Se trataba de un dragón aventurero, único, valiente y especial. Sin embargo, si la leyenda era cierta y el Gran Dragón había hecho aquel viaje en solitario, ¿cómo era posible que en los años y siglos siguientes hubiera nacido y se hubiera desarrollado allí todo aquel pueblo de dragones?

Quizás las leyendas fueran solo eso, leyendas.

Cuentos para dragoncitos.

En cualquier caso siempre fue un misterio.

Las tierras de los dragones se extendían por los cuatro puntos cardinales. Al oeste las detenía el océano de las aguas bravas, cuyas olas se estrellaban contra los acantilados con enorme estrépito y levantando grandes montañas de espuma blanca. Al sur se extendía una inmensa planicie seca golpeada por el sol, con temperaturas extremas que ninguno de ellos se había atrevido a desafiar. Al norte nacían los hielos más gélidos, de manera que con solo pisarlos mucho rato, las patas de los dragones quedaban congeladas y ellos, sin energía, porque el calor era la fuente de su existencia. Al este quedaba el camino que había seguido el Gran Dragón en su viaje a través de los lagos y las montañas nevadas. Un camino que ninguno de ellos había reemprendido jamás.

¿Por qué?

Allí estaban bien.

Quién podía saber lo que había a lo lejos.

Las tierras de los dragones eran fértiles, con grandes bosques en los que se alimentaban de tallos y frutas. Otra leyenda decía que ellos, en el pasado, habían sido comedores de carne, y que por necesidad, ante la falta de comida, un día, o a través de una generación, se pasaron al otro lado, al de los herbívoros, como los grandes dinosaurios que millones de años atrás poblaron la Tierra.

Los dragones de la península de Shaykay vivían en cuevas, justo en el centro de los grandes bosques, en unos riscos pedregosos que les servían de refugio, pues las lluvias los habían excavado por dentro, hasta el subsuelo, convirtiendo su interior en largos pasadizos con espacios de techos muy altos en los que se reunían o dormían.

Aquella era su casa.

Lo mejor de vivir allí, además de la comida, que nunca faltaba, y la libertad de la que gozaban, era que la temperatura se mantenía eternamente estable. Un microclima perfecto. Por esta razón apenas si utilizaban el fuego de sus entrañas. No les era necesario. Si un dragón se enfadaba y rugía, arrojando una bocanada de fuego por su boca, hasta pasado un día, por lo menos, no podía volver a hacerlo, porque recargar sus pulmones con calor requería que no abriese sus fauces en ese período de tiempo. Y tampoco era una llamarada enorme. Una vez al año se celebraban las Olimpiadas de los Dragones, y una de las pruebas preferidas era la de soltar fuego por la boca en dos categorías; una, ver quién llegaba más lejos con ella, y otra, ver cuál la emitía más cálida. Las demás pruebas, casi todas de resistencia, como ver quién corría mayor distancia o quién lo hacía más rápido,

siempre despertaban menos entusiasmo, salvo las de lucha y habilidad, en las que solo podían emplearse las patas delanteras. Al que abría la boca y enseñaba los dientes lo descalificaban. Las restantes pruebas consistían en premiar al que tiraba una piedra más lejos, al que subía más rápido el risco o al que conseguía llegar en menos tiempo a la copa del gran árbol del pueblo, una gigantesca secuoya de cien dragones de altura y un tronco que ni diez de ellos cogidos de las patas podían abarcar...

Los dragones podían parecer animales, pero eran muy muy inteligentes.

Tenían sus ritos, costumbres y normas. La principal, proteger y cuidar a los más pequeños.

Al nacer, su color era algo así como amarillento. Luego pasaba a rosado, violeta y, poco a poco, en cuestión de un año, ya se iba volviendo verde, como todos ellos. Un verde brillante y





luminoso. No podían volar, porque sus alas eran muy pequeñas, pero al desplegarlas su aspecto resultaba de lo más majestuoso. Su espina dorsal formaba una larga escalera desde la cabeza hasta el extremo de la cola.

¿Y qué era lo que más le gustaba a un dragón?

Que le hicieran cosquillas, panza arriba.

Entonces se volvían locos de gusto.

Toda esta felicidad, esta paz, esta vida tranquila, se vio truncada aquel día.

El día en que llegaron ellos a la península.

¿Y quiénes eran «ellos»?